

PRELUDIOS

Organó publicado mensualmente por los años superiores del
Instituto Nacional.

LUIS A. PONCE

DIRECTORES:

JORGE A. PRIETO

SUMARIO

ESTIMULO por Salomón Ponce Aguilera...	1
BOLIVAR por Gil Tapia.....	2
NAUFRAGIO DE ALMAS por Norberto Navarro	5
PLEGARIA DE DOLOR por A. B. T.....	7
LA EPOPEYA DE LA SANGRE por Jorge A. Prieto	8
MADRE por Demetrio A. Porras.....	10
COLON Y BALBOA por R. C. D.	11
FRAY LUIS DE LEON por W. Gaitán.	12
CANTA, BARDO..... (Poesía) por Felipe Juan Escobar.....	14
"HIMNO A MINERVA (Poesía) por V. G.....	14
CONDOLENCIA (Poesía) por A. Guardia....	14
EL DIA NACE (Poesía) por Darío González.	14
LECCION DE GEOMETRIA por B. de Bello J.	15
HISTORIA DE UN ESTUDIANTE PANAMENO (Continuación) por Teófilo Díaz M.	17
"DESPEDIDA ETERNA", Cuento por Luis A. Ponce C.....	19
MIS IMPRESIONES SOBRE "AL MARGEN DE LA CIENCIA" por José E. Huerta....	24

CONDICIONES

*La revista PRELUDIOS
hará conocer todo libro que
con tal fin se le dirija.—*

*Desear tener canjes con
otras revistas tanto nacio-
nales como extranjeras.*

*Estos canjes serán servi-
dos con toda rigurosidad.—*

*Acepta colaboración veni-
da de fuera solamente si
trata sobre Instrucción*

*Pública; y suplica encare-
cidamente a todos los Di-
rectores de escuelas que
van remitirle noticias del
Ramo. Esta colaboración
ha de ser inédita.— Circu-
lará mensualmente. La
suscripción trimestral a
esta revista valdrá B.O,50.
La correspondencia se di-
rigirá al Redactor interno,
señor Gil Tapia, Instituto
Nacional de Panamá.*

Panamá, 31 de Julio de 1916.

AÑO
1



PRELUDIOS

Organo publicado mensualmente por los años superiores del
Instituto Nacional.

NUM.
3



LUIS A. PONCE

DIRECTORES:

JORGE A. PRIETO

ESTIMULO

BIEN conozco la ímproba tarea del periodismo entre nosotros para no saber el sacrificio que entraña su acometividad. Pero hay jóvenes inteligencias que se hallan dispuestas a contrarrestar la influencia hostil del medio en que se forman, y eso es digno de señalarse para que se les tribute el aplauso a que se han hecho acreedores.

Desde niño tuve también las aficiones del periodismo hasta el extremo de tener hojas manuscritas aquí, en este pueblecito, hojas que se escribían en las horas en que no estábamos en la Escuela.

Don Heliodoro Patiño, persona que ha alcanzado por sus talentos alta posición política, fué compañero mío en esas labores y debe recordar, como recuerdo yo, con cariño insistente, aquellos días de lo que pudiera llamarse nuestro periodismo escolar.

Recuerdo también con agrado una nota que nos dirigió el Presidente del Estado Soberano, don Dámaso Cervera en que nos estimulaba con frases dignas de su benevolencia y de su cultura bien probada.

Traigo a la memoria este recuerdo de mi niñez para evocar una satisfacción que quisiera hacer sentir a ustedes con la misma intensidad del estímulo que entraña. Pero ustedes deben estar seguros de que, en medio de la apatía general en que nos movemos la obra que ustedes han emprendido despierta interés de todos los que pueden apreciar su acometividad escolar, y por mi parte, doblemente complacido por la participación indirecta que me cabe en el periódico de ustedes, que honra nuestra prensa por el carácter levantado que trae consigo, me es grato suscribirme de

U. U. muy atto. S. S.

SALOMÓN PONCE AGUILERA,



BOLIVAR

DANTE, el autor de *La Divina Comedia*, preguntado sobre lo que era un poema, llevó a su interlocutor a un sitio apropiado para contemplar el Adriático en toda su belleza y le dijo: «He ahí un poema.»

Esta respuesta, aun cuando parezca por demás una explicación, significa que la naturaleza lo es todo y que nosotros, simples átomos del universo, somos algo a medida que podemos verter con más o menos suerte la imponente poesía de lo que nos rodea.

Es el año 1788. La América del Norte abre de una manera perfecta, duradera y hermosa el bello alcázar de la Libertad. La naturaleza sigue soberana en el Nuevo Mundo.... Allá en Sud América, se anuncia el Mesías, o la Humanidad acostumbrada a la volubilidad de las cosas lo espera. Se oye el rumor del Magdalena y del Orinoco; el colosal Amazonas se agazapa de manos al Plata y simula esperar; el Atlántico gime y describe un arco triunfal el azul excelso de las cumbres andinas; el cielo canta un himno gallardo de esperanza; se advierte ruido de aves que se atropellan: el vistoso y legendario quetzal, el cóndor bravío que domina las cumbres y el águila altanera se alzan del suelo, van al empíreo para volver con un jirón sagrado que colocar a una cuna que se mece en Caracas. La choza del indio maltratado levanta una plegaria y esa plegaria llega hasta los oídos de un niño hidalgo que lleva en la frente la sentencia de Vico: es el 24 de Julio.

La pampa, el cielo y el mar influyen en el nuevo Vinci; una ola inmensa parece detenerse ante el mundo de Colón; y un joven inquieto, que no lleva alas de Icaro, comienza a volar y llega a la hospitalaria y pródiga Iberia. Triunfa Bolívar en el amor; primera victoria memorable de su vida: regresa con María Teresa de Toro y con conocimientos magníficos de Licurgo y Plutarco como trofeos de su primera hazaña. Mas Bolívar había nacido para ser sinónimo de

Libertad; y si él no creyó que la dulzura de una esposa fuese estorbo a su brillante carrera, el Todopoderoso sí, por lo que le llevó la diosa grácil del hogar a los veinte años, dos años después de haberla poseído.

.....

Nuevo viaje a Europa; España ya no es la de antes: es un delito tener altos pensamientos y ser patriota. París, la *ciudad luz*, le recibe de nuevo cariñosamente. Bulle en la mente del Cid venezolano la escena de la llanura de Monteschiario; es necesario hacer acopio de provisiones y se apercebe con los legados de su siglo para la magna empresa. El globo sigue moviéndose bajo el influjo de Voltaire, Rousseau y los Enciclopedistas y se corona el hijo de Ajaccio en presencia de Bolívar. Hay mucho fuego en el alma del Quijote americano: es necesario respirar en otro lugar de más calma y ver de cerca al pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano'.... Alumbra el sol poniente del año 1805. Los lagos de la Suiza se han tragado el disco encendido que nació en Egipto; pero como la Isabel de Lafuente, todavía alumbran los pálidos rayos del rey rubio y se percibe como la onda de Alejandría que vino a florecer en las tierras del César. A esa hora, cuando todo calla y se escucha uno como lamento de Leopardi, o semeja el Mediterráneo adorar la Biblia o se oye a Petrarca modular sus quejas, sube Bolívar al Monte Sacro. Su cabeza la aureola resplandor divino: Moisés se junta al legislador griego; Demóstenes pasa; Régulo ha jurado y pasa también a pagar con la vida su juramento; Aníbal, derrotado, liberta a Roma de sus terrores..... Por un momento la evolución de las edades, el forzoso sucederse de lo existente pasa también por el cerebro del mancebo que pisa la sangre de Cayo Graco: la Roma de Augusto termina con Augústulo; Honorio se ve frente a Alarico: la más grande epopeya repercutirá en los bosques vírgenes de allende el mar, y Bolívar, comprendiendo todo lo hermoso y fascinante de la Historia, compendiando la vida toda de aquel mar huérfano de legítimos Homeros, comenzó su *sermón de la montaña*: «¡Juro delante de usted; por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español».

.....

Bolívar está en París, en Holanda, en Hamburgo. Qué fiebre devora a ese adolescente de mejillas hundidas y cabellera bironcana? ¿Quiere algo más después de haber hablado con Humboldt y Bompland? No, ya está satisfecho, sólo siente el acicate del deber: está armado caballero. Los incas y chibchas esperan una transformación política y social. Los *Derechos del Hombre* han sido proclamados, y la esfera terráquea disminuye la intensidad de su fuego interno para que una enorme vibra-

ción por sus pliegues vaya a tener epicentro bajo la planta de Hidalgo de Hidalgo, Cura bendito por el que absolvemos la Inquisición. Ha comenzado la hecatombe santa... Como a la aparición del lábaro de Constantino, los hijos de Adán están absortos. Todo se rige por ideas y cada vez que aparezca una capaz de comover el mundo, un temblor inconmensurable agitará el planeta que habitamos. La Caridad tuvo sus mártires y sus profetas, la Reforma también tuvo los suyos, y la causa de la Libertad que no va en zaga a ninguna de aquellas admirables ideas, habría de producir un temblor titánico porque Bolívar ha visto en los Estados Unidos, convertida en realidad tangible, lo que las monarquías europeas consideraran mera utopía.

Llega Bolívar a su patria cuando ésta lo necesita más, pero cree conveniente la tercera salida para saber de seguro a qué atenerse.... Viene de Inglaterra; sólo trae a Miranda quien le dirigirá e iniciará en *Aragua*.

.....

La forma de Gobierno que se organiza en Angostura, para su completo dominio, ha menester la *Utopía americana* escrita por Bolívar. En ella vemos a Caldas, el de la *larga y negra partida*, el Sócrates colombiano; al *indomable* Píar, a Páez *el león*, al Catón de Ayacucho, al Churruca de las alturas de *Bárbula*, el cadalso de Policarpa y la espiral de humo de San Mateo, el hecho más sublime del martirologio patrio.

El sueño del loco de la tosca bata se ha cumplido: «sus victoriosas banderas ondean sobre las altas torres del Cuzco» y el dolor y el llanto, la sangre y la muerte, el suspiro triste y el hambre y la orfandad y la miseria, todos los estragos de los jinetes apocalípticos callan: *vivir libre*, he ahí el dilema que brota en el *tedéum* de las almas de los caros hijos de América.

.....

Hacer una apología de Bolívar es empresa vana. Querer por medio de múltiples comparaciones con otros hombres alabarle, es tarea ridícula, porque el Bolívar que ha pasado el estero de Casacoima, que envuelto en tosca tela por sus profecías parece loco, sólo puede compararse a don Quijote, como lo hizo Unamuno; y el Bolívar que muere quizás presintiendo la estatua de Bartholdi, dándonos su última proclama, tiene un superior: Jesucristo por cuanto fué el Hijo de Dios. A la Caridad hermosa de Jesús, a la Libertad en parte restringida de Lutero, preferimos la libertad amplia de Bolívar.

GIL TAPIA.

Panamá, Julio 24 de 1616.

Naufragio de almas

(A mis compañeros de aula afectuosamente).

Nada hay más bello ni nada más apetecible que navegar en un mar sereno, cuando sopla tenue el viento y a su impulso blando se rizan las aguas de la inmensidad tranquila; cuando en rápido vuelo cruzan silenciosas las pensativas garzas retransando su blancura en la superficie líquida apenas agitada por débil brisa; cuando las mansas olas, cual sierpes soñolientas, lamen perezosas las arenas de la costa.

Sobre un peñón aparecen vestidas de gasa dos vírgenes bellas: son altas, delgadas; sus negras cabelleras caen en bucles sobre sus espaldas; sus grandes ojos de mirar triste semejan diamantes negros colocados en órbitas de

postremos rayos del sol poniente, semeja ser de oro; a ella se dirigen las doncellas y al rítmico són de los remos entonan entusiásticas canciones al Amor, al colorosa de la vida. Dejan la costa, se alejan de ella más y más sin pensar siquiera que el mar es traicionero, que nunca en él es estable la calma. y efectivamente ésta pasó en breve.

El sol había desaparecido tras las cumbres más altas de la sierra; oscuros y nubarrones en vertiginosa carrera, cual si indómitos potros las tiraran, cubrían el horizonte; el cielo antes azul habíase tornado negro como los ojos de las vírgenes que aterrados lo miraban: las aguas antes tranquilas y

Yo comienzo a mirar con tristeza que en este mundo hay dos mares: uno de agua que se embravece si el viento lo ozota, y otro que sin ser de agua tiene olas y sin que en él haya viento es tempestuoso.

Si lo contemplamos a la luz de nuestros pocos años, nos enamora con sus encantos, parece de plata meciendo barquillas de oro; a la vista se nos presenta tan lleno de quietud, tan sereno que nos hace imaginar un mar de aceite dormido al resplandor de la luna; sus costas son rosadas porque están cubiertas de flores, su cielo es muy azul, su calma seductora.

Así color de rosa, lleno de flores y de perfumes, mira el hombre a lo desconocido, porque el futuro es un sueño, sólo hay realidad en el presente y sólo recuerdos del pasado.

Nuestra fantasía modula un porvenir risueño, lleno de paz, colmado de alegrías; y la *realidad* sustituye sonrisas con suspiros, paz con discordia y alegrías con tristezas.

¡Feliz el hombre cuya fantasía crea un porvenir hermoso que la

realidad haga inolvidable en el pasado!

Es característico de la juventud amar lo desconocido porque imagina en él algo muy bello, algo que le falta para darse cabal cuenta de lo que es la vida. El joven ansía conocer este algo porque se lo figura como un océano de delicias mas casi siempre lo que encuentra es un océano de amargura. Unos, creyendo encontrar eso a que llaman dicha en el amor, aman, aman mucho y pronto sus almas naufragan en el mar de los desengaños. Otros, seducidos por las bellezas con que sus mentes acaloradas han revestido el futuro, se precipitan a lo ignorado, sin meditar siquiera en que tras esas costas que él ve sembradas de rosas se ocultan coronas de espinas que se ceñirán a sus trastornadas sienas.

Ved aquí dos que naufragan aunque de manera diferente, pues en la zozobra, unos cuerpos quedaron inertes y otros vivos pero sin almas, tales son los que sucumben en el mar de las pasiones.

NORBERTO NAVARRO.



Plegaria de Dolor

Caminando por una playa reluciente, bajo los ciclos de un Julio, tropical pensé en el dolor. Y llegaron a mi mente, como las hebras de un sol crepuscular, las diferentes clases de dolores. Pensé en los suspiros, en las lágrimas, en las melancolías de los pobres corazones cuyo edén es el dolor. Y vi retratada, allá en el fondo del paisaje soñador, entre colinas perczosas y nubes sutiles, la humanidad con todas sus miserias, y la ley forzosa del sucederse de los tiempos...

Volviendo en torno la mirada, pensé en que esos demudados escombros de edificios que fueron, también sufren; en que esos pobres escombros han sentido la caricia de varios siglos; que también como nosotros sufren y lloran y que tienen una alma como la nuestra.

Entonces me di cuenta de que ante mí se dilataba una época de recuerdos. La Vieja Panamá surgía en medio de mis meditaciones como la quietud después de fuerte huracán, como el bábreo después del solano abrasador, como un oasis de felicidad en un desierto de desesperación.

Con paso lento me dirigí a aquel relicario de grandezas y abandoné las tenebrosas ideas que me preocupaban. Los edificios, que hoy no son más que sombras de lo que fueron, parecían llorar al par de mis medi-

taciones; quise entrar en ellos y el corazón me dió por ayuda suprema dosis abundante de sentimentalismo. Como un feligrés cargado de pecados, como un penitente con la cruz del dolor y del recuerdo a cuestras comencé mi santa peregrinación.

Las iglesias que siglos ha, guardaron imágenes benditas, las iglesias que nadie debía odiar, también sucumbieron al golpe rudo del hijo afrenta de Albión; las murallas, las ruinas todas sintieron el calor de mi planta, y ante todas me sentí complacido, a todas les ví esa sonrisa de tristeza que convida a llorar. Sólo en una de estas ruinas no pude penetrar, sólo ante una de esas tumbas mi corazón se manifestó reacio a la compasión. Era porque aquella necrópolis de profanación no estaba triste como las demás, no tenía la palidez de la momia disecada, tenía, sí, el gesto chocante del reptil. Sacudí y busqué en todos los rincones de mi memoria, levanté tapetes muy viejos y en ninguna parte pude encontrar el significado de aquella impresión involuntaria. Después de profundas meditaciones encontré lo deseado: era la casa que habitó Pedrarias, el hombre sin entrañas que decapitó a Balboa y a Francisco Fernández de Córdoba.

Mi corazón no mentía; había hecho bien en prohibirme la en-

trada y me alejé silencioso de aquel nido de ignominias de que se sonroja la Historia.

Y en medio de la soledad de mi alma me di a meditar, cuando las frases de Severo Catalina me dijeron: "La soledad es la atmósfera donde respira la melancolía". "A corazones heridos, sombra y silencio, ha dicho Balzac. Únicamente en la soledad puede hojearse sin riesgo el libro del corazón. Los que nunca han vivido en la soledad concluyen por conocer a los otros y no conocerse a sí mismos. La soledad es el egoísmo supremo del dolor".

Por eso sufren los muertos edificios, por eso sollozan sin cesar, por eso el espíritu que los contempla adivina la profunda melancolía que los aqueja. Por eso el corazón que sabe lo que

es el dolor los interpreta, por eso los amigos que me acompañaban supieron también interpretar todo el romanticismo, todo lo sensiblemente bello que guardan esas ruinas.

Almas románticas, si queréis curar vuestras enfermedades, no visitéis jamás lugares como éste, donde habita la soledad con sus hermanos: el silencio y la melancolía. No penséis que en estos lugares está el lenitivo que ansiáis: en ellos tiene su palacio el sufrimiento. Id tan sólo, como expansión espiritual, a contemplar el arte sensible en todo su esplendor; id a educar el alma al sentimiento, mas no a torturarla. Pensad que el amor que en sí lleváis es más grande que todos los dolores, que todas las magnas tristezas.

A. B. T.

La epopeya de la sangre

(Para Agustín Batista, afectuosamente).

El huracán de las viejas discordias medioevales se ha desencadenado una vez más sobre la haz de la Europa estupefacta; la ambición, ese espectro terrífico de las pasiones humanas, no ha vacilado en lanzar a guerra fratricida todo un mundo de naciones civilizadas. Inglaterra y Francia, Rusia e Italia, en fiero batallar compiten con Alemania y con Austria y con Turquía; Bélgica,

la pequeña Bélgica heroica y Serbia la belicosa, atraídas fueron también por la vorágine espantosa, en donde un precioso acervo de energía humana inútilmente se pierde en arroyos de púrpura sangrienta.

¡La Guerra! Fatídica palabra, evocadora de todas las crueldades, de todos los odios, de todas las venganzas; su imagen es la imagen de la fatalidad; es la

negación del más alto y elevado sentimiento del hombre: la fraternidad. Aliada feroz de la Muerte, a quien sirve y acata, y de la discordia, cuyos favores aprovecha, forma con ellas la trinidad salvaje, azote y castigo eternos de la Humanidad entera.

Europa, la culta y civilizada Europa, que dijo alguien, largos meses ha que es el teatro de la tragedia más desastrosa que registran los anales de la Historia; y ya no es el primitivo combatir de las generaciones primeras el que emplean los hombres del presente: el agudo silbido del venablo se ha perdido en la noche del olvido.

El hombre, en su legendaria sed de sangre y destrucción no ha dejado más de cultivar, lenta pero firmemente, el arte nefario de la guerra: impotente por sí solo para ello, imploró el auxilio de las ciencias exactas, que le prestaron el valioso contingente de sus principios inmutables; y de esta cúpula de gigantes, de este enlace inmaterial del cerebro con la Ciencia, surgió potente y formidable el cañón exterminador. Y ve hoy la Europa consternada correr la sangre de sus hijos; y los ve herirse y morir en los espasmos malditos de sus odios ancestrales; y el mundo ajeno a la gran catástrofe los contempla de lejos con la fría impassibilidad del egoísmo.

El hombre es así; impassible ante el mal ajeno, sólo ve con amor la feliz realización del *yo* egoísta. Y este egoísmo, en cuya atmósfera se agita de la cuna al sepulcro, le hace caer, porque es débil, le hace odiar porque es hom-

bre; sólo algunos pocos, cuyos espíritus se elevaron a gran altura sobre los de sus contemporáneos, han sido inaccesibles a esta pasión execrable.

Pero no divaguemos, que no es de cuerdos divagar; concentremos al presente nuestra atención toda entera en el mundo de nuestros abuelos, los hijos de los cuales en ciclópeas batallas se deshacen, se aniquilan y se matan.....

El rugido del bronce, del bronce asesino que siega la vida de tantos hermanos, se confunde, siniestro, con los ayes lejanos de postreras agonías.....

Mientras tanto, en medio de ese pandemónium inverosímil, aliados y teutones continúan en su fiebre abrasadora; sus ejércitos poderosos se combaten sin cesar en los campos y ciudades, en donde pródigos derraman su sangre noble, los nobles hijos de Francia inmortal.

El submarino traidor que surca rápido los báratros oscuros del Océano; el ave mecánica que bate sus alas en los dominios del cóndor y el cañón mensajero de muerte y destrucción, he ahí las tres grandes manifestaciones de la pujanza creadora del hombre, quien no ha sabido aprovecharlas, sin embargo, poseído por la insania de sus instintos sanguinarios.

Entretanto, las viejas Hilanderas prosiguen impertérritas su labor ineluctable; y sordas permanecen al grito doloroso de millones de mujeres, que elevan sus plegarias al Cielo indiferente, al que piden, fervorosas, el retorno del esposo, el retorno del amado.

Pero nada basta: la sangre pide sangre. Y ve el mundo asombrado a los hijos de la férrea Germania abatirse sobre Francia; semejan en su furia el ímpetu arrollador de los grandes aludes, que siembran el espanto y la ruina por doquier.

Francia no los teme, sin embargo; sus altivos legionarios la defienden, indiferentes a la vida, indiferentes a la muerte. Nada los intimida: ni las balas silbadoras que los hieren y los matan, ni las cargas sobrehumanas que rechazan con vigor.

Llega la noche. De repente, en el fragor creciente de la batalla, el toque del clarín repercute largamente, anunciando la bayoneta; entonces, incontenibles, arrójanse fieros contra las huestes

enemigas, que los esperan inmóviles al amparo de los Krupps de sus trincheras; y la sangre de alemanes y la sangre de franceses, se confunden y se mezclan en la horrible mortandad.

Luego, en el silencio misterioso de la noche sepulcral, se oye un himno cadencioso que entonan en la sombra mil espectros funerales: es el himno triunfador de la gran Revolución.

Y la Muerte, cuyo lívido fantasma se pasea por los campos desolados, sonríe satisfecha desde su trono inaccesible, afilando, afilando eternamente la guadaña segadora.

JORGE A. PRIETO.

Panamá, Julio 14 de 1916.

Madre

✽

(Para mi madre, cariñosamente).

Madre, palabra mágica que embalsama nuestro espíritu, licor sagrado que purifica nuestra alma; la luz de sus ojos es germen fecundante de luminosas ideas. Mientras exista la madre el hombre es un niño pero una vez muere el árbol que le cobija se trueca en anciano y la sigue paso a paso al sepulcro.

Ella es la fuente de nuestros mejores sentimientos; sin ella parece que la creación entera suspendiera accidentalmente su mar-

cha; sin ella no se concibe la existencia de Dios, pues ella es la mejor de sus obras.

Todo se embota, todo decae, todo muere menos el cariño de la madre que es inmenso, infinito; se esparce por el Universo hasta en los animales más salvajes. La madre fiera da su vida por la de sus cachorros. Su salvaje se esfuma al contemplar los dolores de sus hijos y entonces solicita los lame, los acaricia.

El amor de la madre no recono-

cé límites; no hay nada que le arredre ni sacrificios que le asusten.

El hombre está acostumbrado a toda clase de sacrificios menos al de perder a la madre, y quien la haya perdido, ya conoce el dolor, ya ha visto de cerca a ese ente infernal que no respeta edades ni castas, que se desliza tanto en la cuna del potentado como en la del rústico campesino. No se conoce el dolor en toda su magnitud, repetimos, sino cuando se pierde a la madre, a este representante de Dios en la tierra que debía por

consiguiente ser inmortal como Él; a este ángel; a este cielo; a esta providencia que nos conforta cuando las fuerzas nos faltan y cuando la desgracia nos destroza el alma con sus negras garras. Su nombre luminoso y simbólico surge siempre en el cielo de nuestras noches con una claridad inefable.

(Recibe, oh madre mía, este pequeño tributo como testimonio de mi inmenso amor por ti único consuelo de mi vida ¡bendita seas !

DEMETRIO A. PORRAS.

Colón y Balboa



Estos dos genios venerandos de la caduca Europa, son áureas constelaciones que resplandecen luminosas en los cielos históricos de nuestro joven continente.

América todavía se estremece voluptuosa por el dulce roce de la quilla atrevida de la «Pinta», que despertó sus actividades adormecidas y el mar Pacífico todavía alza sus murmuraciones incomprensibles, ante la presencia de aquel audaz explorador que descubrió sus bellezas ignoradas.

Colón y Balboa lucharon contra la furia de los elementos todos, y si el primero se impuso a la ignorancia mundial con su preclaro talento de hombre sabio, si supo humillar las embravecidas olas del gigantesco A-

tlante sobre débiles maderos, si dió fuerza y valor a una turba de desalmados con su ejemplo para resistir los embates de lo desconocido; el segundo triunfó con su serenidad de la abominable envidia que con su oleaje perverso pensaba sumergir en lo proceloso de su fondo su figura gloriosa, culminó arrogante las escabrosas cumbres de los Andes en donde anida el águila pujante, venciendo a su paso incierto la viril naturaleza de los trópicos y arrollando valerosamente las numerosas filas de nuestras tribus belicosas.

Y si la América es grande, el Pacífico sonoro la arrulla en su extensión inmensa con la cadencia más rítmica de sus ondas!

Si América es nueva tierra de

promisión en donde se agitan vigorosas, fuertes voluntades, si es asilo confortable para tristes emigraciones de otros climas; el Pacífico es vía inmensa por donde surcan intrépidas, ricas embarcaciones que nos traen las primicias de tierras maravillosas y legendarias, nos comunica favorablemente con nuestros hermanos del Sur de quienes aguardamos el dulce calor fraternal que nos protegerá en nuestros días álgidos y nublosos de nación débil.

Y estos hombres que inmortalizaron sus nombres y sus patrias con hechos que la fama no deja de preconizar, bajaron a sus tumbas excelsas: uno, acariciado por la fría indiferencia de sus favorecidos que olvidaron sus

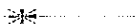
méritos pretéritos y el otro bajo la vergonzante hacha de los condenados, impulsada por la malignidad más rastrera y el odio más degenerado.

No importa que sus contemporáneos olvidaran sus méritos grandiosos, los americanos en este siglo de reconocimientos, los recordamos y los proclamamos «dioses tutelares» de nuestro augusto Olimpo.

Si Colón tiene un pedestal tan suntuoso como la extensión ondulante del Océano Atlántico para su gloria, Balboa tiene para su magnificencia la musculatura soberbia de los Andes que se alzan altaneros ante la quejumbrosa monotonía del Pacífico.

R. D. C.

Fray Luis de León



(Para Luis A. Ponce C., sinceramente).

"¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!"

He aquí una estrofa que hace palpar hasta los corazones menos sensibles a las manifestaciones del arte; hace meditar sobre el porvenir, transporta el alma a regiones de paz y de concordia, en fin, nos hace vivir una vida celestial.

La estancia está escrita con una sencillez y facilidad naturales, propias de una inteligencia bondadosa que se aparta del vaivén de las multitudes humanas y se dedica a la contemplación de la vida sencilla.

De aquí que el autor de «Vida del Campo» sea un excelente burilador bucólico. ¿Y quién es ese célebre cantor? Fray Luis de León, nacido en Belmonte de

Tajo en el año de 1527 y falleció el 23 de Agosto de 1591.

Muy joven se entregó a la devoción y estudio en la Universidad de Salamanca, en la cual obtuvo el grado en Teología y Filosofía. Más tarde fue catedrático en la misma Universidad en donde por su alma bondadosa y grande supo captarse una simpatía general, a la vez que la envidia de muchos personajes de su época, quienes más tarde lo acusaron ante la Inquisición, por haber violado las Leyes Sagradas al traducir en lengua vulgar el libro religioso «Cantar de los Cantares», cuya escritura debía conservarse en Latín.

¡Pobre infeliz! Sus favores a la Humanidad fueron premiados con la prisión. Por lo mismo fue condecorado Cristóbal Colón con la prisión perpetua; fue ensalzado Miguel de Cervantes Saavedra con el insulto y la calumnia; fue agraciado Vasco Núñez de Balboa con la mano del verdugo, y recibió loores Fray Luis con cinco años de prisión en las cárceles del Santo Oficio. Tal parece que la privación de la libertad o de la vida fue el premio de los grandes y buenos hombres.

Después de esta amarga etapa de su vida logró volver a su cátedra ovacionado, más considerado y apreciado que nunca. Entonces principió su primera conferencia con su muy conocida frase: «Como decíamos ayer»; expresión generosa propia de su alma buena y cristiana. Con esa

expresión les manifestaba a sus alumnos que borraba del recuerdo aquellos tristes cinco años de su vida y traía para el presente la alegría. Este genio de nuestra literatura española fue un admirador consumado de las obras del fecundo poeta italiano Horacio, en cuyo estudio se engolfó tanto que llegó a imitar brillantemente sus obras. Produjo para el Parnaso español las incomparables odas: «La Profecía del Tajo», «La Ascensión del Señor» y la bella oda al campo con cuya primera estrofa principió este trabajito. También escribió varias obras en prosa, entre ellas: «Los Nombres de Cristo» y «La Perfecta Casada.»

Fray Luis de León ha muerto pero aún su alma vive con nosotros al recuerdo de sus estrofas:

— — —
 "Cuando contemplo el cielo
 de innumerables luces adornado,
 y miro hacia el suelo
 de noche rodeado,
 en sueño y en olvido sepultado:

El amor y la pena
 despiertan en mi pecho una ansia ardiente,
 despiden larga vena
 los ojos hechos fuente;
 la lengua dice al fin con voz doliente:

Morada de grandeza,
 templo de claridad y hermosura,
 mi alma que a tu aljeza
 nació, ¿Qué desventura
 la tiene en esta cárcel baja, oscura?

W. GAITÁN.

CANTA, BARDO.....

(Para mi amigo Guillermo McKay.)

Canta; tus cantos son la luz del día
en cadenciosos versos transformada;
tus cantos son inmensa llamarada
do irradia refulgente la alegría.

Sí; canta con celeste melodía,
en estrofa suave y delicada,
del poeta la vida enamorada
rogada de néctar y ambrosía.

Oh! canta sin cesar bardo inspirado;
canta tu amor, tus goces, tu tristeza
entre frases de nítida belleza.

Canta siempre; que te oigo embelesado....
Que tus cantos en mi alma hallan cabida
y ahogan mi dolor dándome vida.

FELIPE JUAN ESCOBAR.

“HIMNO A MINERVA”

De Minerva en los lares sagrados,
entonemos un himno de amor;
que más tarde seremos laudados
por la dicha, el placer y el honor.

Trabajando con fe y con esmero,
cumpliremos con nuestro deber;
y luchando cual hábil guerrero
ganaremos la gloria: el saber.

Entonemos un himno a esa diosa,
con la música grata de estudio;
sólo un himno de perlas y rosas,
de azucenas, claveles, preludios.

Procuremos llegar a la gloria:
vacilar, eso nunca pensemos;
pues el campo de nuestra memoria,
cultivado más tarde veremos.

Nuestros pechos que griten airados,
a Minerva con ansia suprema,
que más tarde seremos dichosos
sí se lleva el estudio por lema.

V. G.

(Alumno del III. A. N.)

CONDOLENCIA

En obscuro rincón de mi aposento
Cabe el muro agritado por los días,
Cuelga la imagen de mi pensamiento
Dueña del mundo de mis alegrías.

La imagen santa que adoré por bella;
Por quien el alma me sentí oprimida
Cuando en el mundo me encontré sin ella,
Cuando en un beso me dejó la vida.

Ella era buena. Sin cesar hacía
Obras piadosas con recato y celo:
Era tan buena ¡sí! la madre mía,
Que Dios le tuvo reservado el cielo.

A. GUARDIA.

EL DÍA NACE

El sol inunda con su luz el cielo,
las aves cantan al nacer el día,
la vida se convierte en armonía
que esperece su cadencia sobre el suelo.

El cielo claro, sin que alguna nube
su azul empañe, virginal está;
la rosa quiere remontarse allá
y en forma tome de fragancia sube.

La fuente corre bulliciosa, aprisa
llevando copos de blancor de nieve,
mientras alegre por doquier se mueve
besando flores la sonriente brisa.

DARÍO GONZÁLEZ.
(Alumno del III. A. L.)

LECCION DE GEOMETRIA EN EL VI GRADO

Tema: EL SEGMENTO

1º) *Preparación:* ¿Qué estudiamos nosotros en la última lección de geometría? (sector). ¿Qué es el sector respecto a la circunferencia? (una parte de ella). ¿De qué está formado el sector (radios y arco). Y si yo uno ahora los radios por medio de una cuerda ¿qué queda formado? (un triángulo). ¿Qué nombre recibirá la parte comprendida entre la base del triángulo y el arco? (segmento).

2º) *Presentación del fin:* Pues bien, muchachos, hoy vamos a estudiar el segmento.

3º) *Comprensión:* ¿Quién viene al tablero a trazar un sector?

(Luego que tenemos el sector trazado se demostrará intuitivamente primero en el tablero y luego en cartón que el segmento es la parte de la circunferencia que obtenemos al restar del sector el triángulo que tiene: por lados dos radios y por base la cuerda que une dichos radios.)

Venga uno al tablero a mostrarme el segmento. Otro que muestre también el segmento en esta figura (mostrándoselas).

¿Cómo calculamos la superficie del sector? $\frac{(r^2 \times \text{Pi} \times n^\circ \text{ de grados})}{360^\circ}$

¿Cómo la del triángulo? $\frac{a \times b}{2}$

Y si el segmento de una circunferencia es el sector menos el triángulo ¿cómo encontraremos su superficie?

$$\frac{(r^2 \times \text{Pi} \times n^\circ \text{ de grados})}{360^\circ} - \frac{a \times b}{2}$$

Uno que me repita la manera de encontrar la superficie del segmento.

Entonces ¿qué necesitamos conocer si queremos calcular la superficie de cualquier segmento (radio, abertura del ángulo del centro y altura y base del triángulo)

4º) *Ejercicios:*

Saquen sus cuadernos.

a) Vamos a calcular la superficie de un segmento que tiene de radio 3m, el ángulo del centro mide 60°. El triángulo tiene de altura 2m y de base 2,50m.

$$\left(\frac{3 \times 3 \times 3,14 \times 60^\circ}{360} \quad \frac{2 \times 2,50}{2} \quad ; 2,21 \text{m.} \right)$$

b) ¿Cuál es la superficie de otro segmento que tiene de radio 2,20, el ángulo del centro mide 40° . El triángulo tiene de altura 1m y de base 1,50m.

$$\left(\frac{2,20 \times 2,20 \times 3,14 \times 40^\circ}{360^\circ} \quad \frac{1 \times 1,50}{2} \quad \text{m.} \right)$$

c) Calcular la superficie de un sector que tiene de radio 4m., el ángulo del centro mide 36° . El triángulo tiene de altura 1,20m. y de base 1,60m.

$$\left(\frac{4 \times 4 \times 3,14 \times 36^\circ}{360^\circ} \quad \frac{1,20 \times 1,60}{2} \quad \text{m.} \right)$$

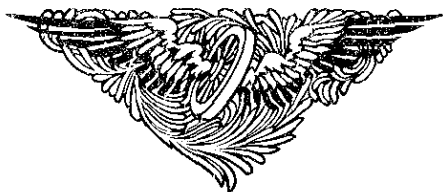
5º Aplicación.

Problemas aplicados (ej.:

La parte superior de una puerta tiene la forma de un segmento. El radio mide 0,80m., el ángulo del centro tiene 36° . La altura del triángulo es de 0,30m. y la altura es de 0,50m. Si quiero colocar vidrio en dicha parte, ¿cuánto voy a gastar sabiendo que el m^2 me cuesta \$6?

Como éstos se darán muchos problemas hasta lograr certeza en los alumnos.

B. DE BELLO J.





Historia de un estudiante panameño

(Continuación)

Sólo tres meses de estudio fueron los que aprovechó el estudiante en su primera temporada, debido a que ya se había aproximado la época de las vacaciones.

Viendo el mozueto que ya se había terminado el año escolar, resolvió ir al hogar paterno. Era una hermosa tarde del mes de Febrero, época en que la brisa comienza a brindarnos su frescura, y en que tanto los diminutos infusorios como los gigantescos habitantes de las selvas comienzan a cambiar de morada, y en que tanto la naturaleza entera como el alma atormentada aspiran por encontrar un nuevo soplo de vida. El se hacía a la mar en un velero con el ansia de encontrar cuanto antes un algo de expansión al volver a contemplar ese suelo querido en donde había dejado a su idolatrada madre y hermanitos.

Muy pronto el barco enarboló sus paños blancos y comenzó a mecerse silencioso y trémulo al impulso de las brisas; en la proa se veía un ondeado remolino color de nieve que resultaba de la continua lucha que existía entre el andar del buque y las gigantescas y abobadas olas que intentaban oponerse a su camino. Mas ya la noche se hacía sentir con su ater-

ciopelado cortinaje; ya las cordilleras se ocultaban y las aguas del Ocaéno comenzaban a brindarle sus matizados colores; ya el cielo se convertía en una madre-perlas con el constante parpadear de sus brillantes estrellas; ya la argentina y pálida luna se asomaba a lo lejos aunque algo tímida y esquiva para no dejarse contemplar de algún vate afortunado; pero al fin ella siguió su marcha, y fue recibida con el saludo armónico que millones de pececillos entonaban en el plan del barquichuelo.

La noche pasó; y al resplandor del nuevo día apareció ante los ojos del mozueto el grandioso y viejo panorama que por tanto tiempo había desaparecido de sus miradas. Algo estático y meditabundo contemplaba las viejas playas; las costas azules; las plomizas cumbres que rodean su pueblo; ese pueblo, en donde divisó la casita blanca en donde germinaron sus primeras impresiones, sus primeros sentimientos y sus primeros rasgos de amor y de ternura.

El quedó estupefacto porque el panorama que a su contemplación se ofrecía era en realidad digno de ser admirado por aquellos que tienen el culto de la bo-

leza. El cielo extendía su inmensa cumbre de purísimo azul, y el aire, caliente y agradable traía en sus giros el perfume de aquellas vírgenes montañas. Allí en ese cuadro, y bajo la sombra de unos escombros estaba guarecida su querida madre que lo aguardaba con los brazos abiertos; ambos se estrecharon con toda el alma y con todo el amor de una madre que ama a su hijo y con el de un hijo que ama a su madre. Así abrazados permanecieron un largo tiempo; fue tanto el entusiasmo, el placer y la alegría que, todas las dulzuras de sus espíritus se transformaron en lágrimas de amarguras y de dolor. ¡Se convirtió la risa en llantos y sollozos! Los dos quedaron convertidos en torrentes de lágrimas, pero de esas lágrimas que brotan de lo más íntimo del alma.

Pasado el momento inexplicable que abrumaba los sentimientos de esos dos seres, y volviendo ambos a su sentido cabal, entablaron conversación. La madre le decía: "¡No sabes cuánto he sufrido hijo de mi alma!, ¡he llorado aunque lejos de tí, en las mismas horas en que tú has llorado!, ¡he sufrido como un mártir!, ¡ya no soy la madre que dejaste!, ¡mis carnes se han desgastado y mis cabellos se han enblanquecido de tanto pensar y sufrir!." Nuevas lágrimas corrieron por las mejillas del mozo, pero después de haber recobrado fuerzas para hablar, le respondió a su madre que aun sollozaba, en estos términos: "¡No temáis querida madre, nuestra felicidad está en mis manos, y vuestras querellas serán mitigadas! ¡Esperad y callad que si Dios nos prolonga la vida, en no

lejano día hemos de ver realizado nuestros ensueños! Si coronan de laureles a los que triunfan en una batalla haciendo uso del acero y del fusil, por qué no hemos de ser nosotros coronados con la bendición de Dios, si llegamos a triunfar con la firmeza de nuestros ideales, con la rectitud de nuestros actos, con la fuerza extremada de nuestra voluntad y con la nobleza de nuestro carácter?"

¡Creed que si dejo de existir antes de realizar mi empresa, ante Dios, seré juzgado como héroe, porque en verdad, no son héroes los que culminan en las batallas materiales; héroes son los que saben vencer en las batallas del sufrir, ya por la fuerza de voluntad, ya por la firmeza del carácter, ya por las acciones o ya por la nobleza del espíritu; y si esto es así, vos seréis recompensada aquí en la tierra y en el cielo por haber modelado en vuestro hijo un alma digna de recompensas!"

Los días fueron después felices para el estudiante; pasó los tres meses de vacaciones al lado de su adorada madre, de sus hermanitos y de aquellos viejos amigos que en su infancia formaron compañías inseparables.

Ya el mes de Mayo se acercaba y el mancebo pensaba en la nueva separación de su tierra amada; ya iba a separarse de esos lugares en donde los sauces colgaban su ramaje fresco, y las palomas salmodiaban las canciones de la siesta. ¡Al fin llegó el día de su partida! Desde ese momento reanudaron sus sufrimientos morales; dejaba a su madre solitaria y triste; dejaba a sus hermanitos, y dejaba en fin todos los efectos que

sentía por las arenosas playas que lo vieron nacer.

Se llegó el momento de la despedida, y el muchacho sentía que las hojas de su espíritu cecañan una a una, y que sólo le quedaba el cuerpo como aquellos troncos débiles y ancianos que se mueven con las ráfagas heladas de los días que llegan.

Se hizo a la mar, y no creáis señores, que él al embarcarse llevaba monedas en la bolsa, no; las monedas eran las bendiciones y consejos que le había dado su madre, bendiciones y consejos que reservaba en la bolsa de su alma. Con estas joyas se sentía lleno de esa fe imperecedora y abrazadora

que alienta a las almas resignadas en sus infortunios crueles. Las aberraciones propias de la senectud, no se habían apagado los fulgores de sus dulces esperanzas. Sólo la piedad era el único refugio ante el dolor de sus miserias cotidianas.

En este nuevo año, se oponían dos corrientes que preocupaban al mozoelo, y a las cuales tenía que sobreponerse del todo para poderlas vencer: la de conseguir una beca él solo de por sí, y la de reunir lo necesario para poder ser alumno interno.

(Continuará.)

Teófilo Días M.

“Despedida eterna”

Cuento.

A mi padre.

En las afueras del pueblo del Rosario y junto al mar, en medio de robustos árboles y erguidas palmeras se destaca una casita blanca, que semeja desde lejos blanca vela de una barca tirada allí, en esas playas, por los caprichos de furiosa tormenta.

Vivían en aquel pintoresco sitio, dos ancianos campesinos y una bella muchacha, fruto de una larga y ejemplar vida de los cónyuges.

Graciela, que así se llamaba la muchacha, levantada en ese ambiente campestre y familiar en donde se respira el aroma deli-

cioso de las flores silvestres; donde se escucha el susurro del ave entre el ramaje; el eric, eric, de la eterna cantadora del verano; el quejido doloroso y ronco de las olas del mar al morir en la playa; el doliente bramido de la vaca que pide su hijo, amarrado para el ordeño; el chillido agudo del cerdo, que reclama su alimento, todos estos sonidos entremezclados en el concierto de la naturaleza, formaban una bella sinfonía inspiradora de sentimientos en las almas más reacias a las manifestaciones de la belleza y del arte.

Un alma de mujer, que por na-

turalceza es sensible, atacada a diario, por múltiples sensaciones bellas, dulces, tiernas, tenía que haberse desarrollado para el "sentir".

Graciela, moza robusta y graciosa, cual la Vaquera de la Fierroja, había conocido desde muy pequeña a Gilberto, mozalbete fornido y bien parecido, hijo de don Juan, el viejo pescador de la aldea.

Graciela y Gilberto desde niños se habían amado: ella le había abierto su corazón como ánfora sagrada para depósito de su amor, de sus aspiraciones y de sus ideales de hombre y él le ofrecía su amor y guardaba en su alma las miradas y los suspiros de aquel ángel que según creía, Dios se lo había enviado para endulzar las amarguras que le brindaba la existencia.

Hacia ocho años que Graciela y Gilberto venían cultivando el jardín de sus amores y cada año, cada día, cada instante acrecentaba el amor en aquellos dos corazones que palpitaban el uno para el otro.

Pero el Dolor, sombra proyectada por todo ser; el Dolor, eterno enemigo de la Felicidad, pronto vino a dejar sentir su fuerte pisada en los corazones que nunca lo habían sentido. Y la suerte adversa y el Hado horrible y triste pronto se cernieron sobre aquellos dos seres dichosos, como se ciernen en el azul los hambrientos buitres espionando el pobre animal que allá en el fondo del valle agoniza.

Atardecía.....

El sol ocultábase tras el mon-

te y la luna en el orto se asomaba.....

En esa hora de paz y de calma, en que como el ave, el alma se recoge y a meditar se entrega; en esta hora en que la campana de la iglesia con su lánguido, largo y triste gemido nos anuncia el "Angelus"; en esta hora es cuando terminan las fatigas y vienen a sus casas los rudos campesinos del pueblo del Rosario.

Y fue en una tarde así, después del "Angelus" cuando Graciela, vestida con su chaqueta blanca y su falda de grandes cuadros, que dejaba ver el nacimiento de una hermosa pierna, con los pies descalzos y un manojo de olorosas y vistosas flores silvestres dormidas entre las trenzas de su abundante cabellera, risueña y alegre se dirigía al embarcadero del pueblo. La leve huella que su gracioso pie dejaba en la arena era borrada por los besos del mar que cual llanura inmensa y árida se perdía en el horizonte.

Allá, bajando a la playa, que como inquieta serpiente se retuerce a lo largo del mar esperando que las olas refresquen su cuerpo, se ve un grupo de pescadores, que se preparan para embarcarse en un pequeño velero que en medio de la bahía acompasadamente cabecea al golpe continuo de la ola.

De entre el grupo de pescadores destacóse un mozo como de 20 años, alto, no muy grueso y de mirar valiente, quien con paso que denotaba alegría, salió al encuentro de Graciela: era Gilberto.

Después del saludo, siguieron por alcahueta playa, con las ma-

nos enlazadas, a la vista de los rudos hijos de la mar.

Ya los demás compañeros de Gilberto se habían embarcado en una panga y remaban hacia el "Lucero" que entre la penumbra, sacudía sus velas blancas, cual joven garza que intentara por primera vez ensayar el vuelo: la panga huía sobre las olas como repentina aparición que trata de ocultarse.

Acá a las playas venía como un doloroso quejido: era el ronco són de las cadenas y el nostálgico chirrido de las enmohecidas poleas: es que la marcha se prepara.

Gilberto con el alma sacudida por la presencia del sér querido que va a dejar, con el corazón comprimido por el futuro adiós que no puede modular, no se había dado cuenta de que en la barca se le esperaba, pues él era piloto y amo del «Lucero».

Gilberto llega con Graciela hasta donde se encuentra un botecito y después de echarlo al agua, le dice: Es preciso partir, mañana por la tarde volveré; ámame mucho mientras esté ausente y ni por un instante te olvides de mí. Luego, como loco, sin reflexión y sin darse cuenta, con interminable cascada de besos quiere despedirse de su amor.

Graciela haciendo un esfuerzo y con voz velada por la emoción le dice muy quedo: Ya.....por última vez.

La luna inmóvil esparcía su luz blanca, las estrellas tristes no parpadeaban, las nubes quietas formaban fantásticos cuadros en la bóveda azul, el viento suave dejaba escapar murmullos

como los de adusto monje en oración, todo parecía mirar compasivamente, cómo se alejaban aquellos dos seres que tanto se amaban.....En la naturaleza toda, había un hálito de admiración.

Graciela, de pies sobre la playa, agita su pañuelo diminuto y blanco mientras Gilberto le contesta, cantando una bella barcarola, que se iba extinguiendo y apagando a medida que se alejaba, como se apagan las notas de lejana serenata, como se acaban los lentos quejidos de vieja guitarra.

El mar con su eterno sollozar, con sus rumorosas olas, acompañaba a Graciela, cuando sola, triste y muda se dirigía a su casa.....

Eran las diez de la noche.....

El silencio, la paz y las sombras cubrían la tierra.

La luna en medio del obscuro cielo lloraba de melancolía, y a los luceros y estrellas envolvía una densa nube negra.

La luz indecisa que por entre las opacas nubes se filtraba, muy suave, muy pálida besaba la tierra.

El viento quisquilloso prelu-diaba una conversación en cada rama, y las hojas secas que caían de los frondosos árboles del huerto vinieron a asustar a Graciela que embesada contemplaba el mar desde su vieja ventana.

Ella, la niña sencilla, la niña ignorante y callada, perdía su sueño por ver aquella extensa llanura de plata por donde había huído no hacía mucho el dueño de su alma, por donde vagaban en esas horas de paz y de calma,

los más gratos recuerdos de risueña infancia.

Así hasta horas avanzadas de la noche Graciela estuvo pensando: ¿qué será de Gilberto?..... pues el cielo estaba aún más oscuro, el viento arreciaba y el mar con guirnaldas de espumas y cual indómito corcel se encabritaba, los lejanos y continuos relámpagos que iluminaban por instantes la rugiente y ondulante extensión anunciaban que lejos de allí retozaba la tormenta.

¿Qué será de Gilberto? era el único pensamiento de aquella Julieta rústica e ignorante. Más valía que no le hubiera dicho nada y él se hubiera quedado besándome por toda una eternidad.

En estos vagos pensamientos y tristísimos presentimientos la encontró el Sueño quien sin pedir permiso, en su letárgico manto la envolvió.

Los primeros pálidos y frescos rayos de un triste amanecer besaron la frente de Graciela, que vestida, aún, dormía al pie de la ventana; hirieron sus oídos los cadenciosos trinos de los ruiseñores, poetas del crepúsculo, el arrullo de la torcaz y el triste y supersticioso canto del cocorito, también besaba a Graciela la fría brisa de aquella mañana opaca, tan llena de brumas, de tristezas y de frío; pero lo que vino a despertarla fue una cristalina gota de rocío que el viento matinal voló hasta ella. La impresión de aquella gota helada sobre la frente tibia y blanca dormida bajo los rubios bucles de una hermosa cabellera, fue semejante a la impresión que se

siente cuando los descoloridos y yertos labios de la «Muerte», hielan con su trágico beso la vida que aún palpita; fue como la impresión que produce el vaho destemplado y húmedo que exhala una tumba.

Graciela asustada al verse vestida y no estar en su lecho, muy deprisa se arregla para evitar que su madre descubra, cómo había pasado la noche y por qué.

Este día se deslizó perezoso para Graciela que tanto deseaba la hora del crepúsculo para ir a esperar a Gilberto que en aquella tarde debía volver.

—
Era la hora del crepúsculo.

El sol lentamente bajaba en el horizonte con la majestad de viejo monarca, que se retira a dormir. Ya se había hundido en las aguas esmeraldinas del mar y dejaba en el ocaso tanta luz que semejaba grandioso incendio en las regiones allende el mar.

Las nubes del poniente parecían ensangrentados pañuelos que batiesen manos invisibles, mientras del lado del Oriente se veían retazos de cielo azul, que parecían dormidos lagos del país del Ensueño, que sólo eran interrumpidos en su mudez y calma por el beso de las alas de tímica cigüeña que forma una caprichosa nube blanca.

A esta hora en que ya volvía la noche y en que ya debía de haber llegado Gilberto, aún aguardaba impaciente en la playa la pobre Graciela. Azotada por el más agudo dolor y el más atroz presentimiento por la demora, se dirigió con paso religioso a su casa, cuando a su

espaldas oye una voz que dice: niñaanaa.....

Rápidamente Graciela se vuelve asustada y ve venir hacia ella un hombre en carrera.

Era Tomás, mozo empleado de Gilberto.

Graciela lo ve mojado aún, pálido, convulso, hablando muy agitadamente y como consigo mismo.

Era el único que había salvado del naufragio, el único que venía, "a contar el cuento".

Graciela le grita: ¿qué pasa?... ¡por Dios! ¿y qué es de tu patrón?... dime, no me ocultes nada.

Tomás, irreflexivo por el miedo que aún tenía, le responde: mi patrón y los demás se ahogaron y.....y yo me he podido salvar a.....a nado.

Algo así como un rayo o la fría hoja de un puñal hirió el corazón de Graciela, quien no pudiendo más lanzó un grito y cayó rígida al suelo.

Tomás, mozo ignorante, al ver aquel cuadro tan triste, se llena de miedo e intenta huír porque cree haber matado con tan cruel noticia a Graciela; no se atreve a cargarla por temor de que se moleste don Pedro; pero tampoco se atreve a dejar

aquella virgencita sola, y entre sus fuertes brazos la lleva hasta la casa en donde la pobre anciana impaciente llamaba a su hija.

Don Pedro que había salido a buscar a Graciela, la ve venir rígida como una muerta en los brazos de Tomás. El dolor y la desesperación enmudecen al anciano a quien sólo se le ve llorar como un niño.

La anciana madre al ver aquel cuadro tan doloroso para ella, corre, abraza a su hija, a quien baña con sus lágrimas y calienta con sus sollozos. Simón, el pequeño negrito, lloraba llamando a su niña Chelita.

Graciela fue acostada en su lecho.

Al cabo de unos momentos comenzó a mover el pecho, como si grande opresión la atormentara, hasta que al fin prorrumpió a llorar.....

Después de haber desahogado un poco su dolor, entre sollozos se le oye decir:.....yo no tengo la culpa.....yo le dije que se fuera.....que me diera el último.....pero.....pero Dios no me entendió..... Dios no me entendió..... Y sólo se le oía decir en medio del llanto: Yo no tengo la culpa..... Dios no me entendió.

LUIS A. PONCE C.



Mis impresiones sobre “Al Margen de la Ciencia”

por José Ingegnieros

En manos de un amigo vi el libro cuyo título encabeza estas líneas. Mi asombro, mejor dicho, mi ignorancia, me produjo una risa sarcástica. Medité un momento y mi sorna transformóse en vergüenza; mi espíritu me espoloncaba con gesto instigador hacia lo ignorado; rogué al amigo me lo permitiera y después de hojearlo lo devolví agradecido.

En mi primera salida del colegio lo solicité en una de las librerías de la ciudad, y por el exiguo precio de cuatro reales llegó a mis manos; su autor me enloqueció desde que leí su lacónico exordio.

Como abiertamente lo manifiesta el distinguido médico psicólogo, su libro no trata de la apoteosis de una raza o de las hazañas de un señor feudal, sino que son ligeras crónicas y acotaciones hechas durante su estada allá por las tierras de Dante y D'Annunzio, de Hugo y Verlaine, de Cervantes y Blasco, de Goethe y Schiller, de Shakespeare y Byron, en los cortos intervalos que sus habituales estudios le ofrecieron. Diríase que su numen poderoso, que oscila entre

la chocarrería y la erudición, elude rutinarias doctrinas para convertir al autor excelso de “El Hombre Medioocre”, en delicado orfebre de sencillez, naturalidad y gusto literario. Bajo la expresión jocosa de su estilo da mies abundante en pocas obras, llenas de sanas enseñanzas, que envidiarían escritores q' se anuncian con mucha pompa y probabilidades de éxito, ignorando que esto que se labran es el primer peldaño de su propio fracaso. Su alma sugestionable en demasía para las bellezas recogió un sinnúmero de intuiciones que se desgranaban en pensamientos felices y admirables en su alegre relato sobre “La Morfina en España”.

Cualquier lector, profano o profesional en el arte de torear, al leer “La Morfina en España”, siente ante un numeroso y entusiasta público los oídos atormentados por frenéticas ovaciones; ve el mariposeo de una capa color de sangre hacia donde convergen cientos de miradas, radiantes unas, voluptuosas y lascivas otras, y las más pletóricas de vivacidad fulminante que le produce cierto cosquilleo precur-

sor del éxito, que supone el torero.

Parece que detrás del torero festivo, predispuesto para la lucha, vaga el espíritu de Ingenieros con la misma indecisión que el niño comienza a balbucear, y en un momento de fulguración de sus pasiones, nos pinta con colores vivísimos la estocada a *volapié* "creación del eminente Costillares".

"El toro preparado por el hostigador mariposeo de las capas, afiebrado por la irritante crueldad de picas y banderillas, acude a la muleta que le invita. Mira, husmea, atropella, vuelve

va su especulación atrayente, vigorosa y persuasiva en íntima unión con el vivo colorido que fulmina en sus descripciones. A veces somos víctimas, si no lo seguimos paso a paso en sus sublimes éxtasis, a semejanza de la noche cuando entra con su ropaje teñido de luto a ponerle pleito al indeciso crepúsculo que lucha para que el sol despida sus últimas volcánadas de fuego, y al fin es vencido entre sollozos hondos y lúgubres.

Languidecén, como la candidez de un lirio que se deshoja al contacto de un beso ardiente, estas mis pálidas y sutiles im-

su vasta e intensa labor científica, tiene aficiones artísticas y literarias, gusta del bello gesto y cultiva la ironía. Bajo esta fase ha sido retratado por el escritor Ortiz Grognet en las siguientes frases:

»Su precocidad maravillosa ha fructificado: el niño prodigio de ayer es hoy joven sabio, altamente considerado en los círculos científicos de América y Europa.

»Médico, es eximio especialista en patología nerviosa y mental;

como escritor, un estilista y un crítico.

»Acompaña en sus excursiones a Dante, medita con Spencer, delira con Nietzsche, observa con Charcot, se encanta con D'Annunzio.

»Pero en él, la sagrada tranquilidad del sabio y del esteta, se estremece de continuo a impulsos de la ironía como la majestad fecunda de los trigos al paso de una serpiente.

JOSÉ E. HUERTA.



ADVERTENCIAS

Suponemos suscritos a nuestra Revista a todos aquellos a quienes se les envíe; pero si por cualquier motivo no lo tuviesen a bien, suplicámosles se sirvan darlo a conocer por escrito.

Las personas suscritas a esta Revista, deben dirigirse para los pagos a los corresponsales que a continuación se nombran:

Aguadulce: Sr. Manuel M. Tejada.

Colón: Sr. Eladio Grimaldo.

Las Tablas: Sr. J. M. Sifontes.

Chitré: Sr. Carlos E. Pedreschi.

Antón Sr S. Ponce Aguilera.

Guararé Sr. E. Pérez Angulo.

Estos señores, enviarán los pagos al Administrador interno, señor A. Batista Tejada, Instituto Nacional.

